

Expedición a Junín



ON profundo pesar he leído la narración que hace el historiador don Francisco Encina, en el Tomo XVII, Pág. 384, de su Historia de Chile, de la Tercera Expedición a Junín, efectuada en 1881, durante la Guerra del Pacífico.

La consideración con que el señor Encina se refiere al ciudadano italiano de Cerro Pasco, Emmanuele Chlessa, hecho prisionero por el comandante Ambrosio Letelier R., jefe de esa expedición, hace aparecer a dicho comandante como abusando de sus facultades directivas.

Se expresa también que "un oficial chileno", cuyo nombre no se indica, habría cobrado un cheque por 500.000 soles papel, proveniente de la venta de barras de plata a un ciudadano italiano de Cerro Pasco. Al parecer, el historiador pretendería relacionar este hecho anónimo con la detención de Emmanuele Chlessa.

Se agrega que el comandante Letelier habría desobedecido las órdenes del almirante don Patricio Lynch, de poner término a la expedición y regresar a Lima.

Se termina expresando que el Sr. Lynch habría hecho instruir un sumario a los comandantes Ambrosio Letelier, Basilio Romero y Anacleto Lagos, hermano este último del ilustre general don Pedro Lagos, por haber repartido el producto de cupos de guerra, impuestos al enemigo, entre los oficiales y tropa a su cargo, a título de gratificaciones, solicitándose en el sumario el reintegro de los fondos, la pérdida de los empleos y la pena de prisión para los afectados.

Como hija sobreviviente del comandante don Ambrosio Letelier, quiero agregar algunos detalles que constan del proceso a que el historiador señor Encina alude, de las publicaciones que se hicieron abundantemente en aquella época y de la documentación que dejara mi padre, que guardo como una reliquia.

El caso Emmanuele Chlessa debe aclararse ampliamente a la luz de los antecedentes históricos, en resguardo de la memoria del pundonoroso militar chileno que lo hizo detener, que fué mi padre, cuya actuación desfilando y cuya memoria venero.

Emmanuele Chlessa, llamado comúnmente Manuel Iglesias por los mineros de Cerro Pasco, pese a su condición de extranjero, actuó decididamente en contra de las armas chilenas, Hombre que había logrado adquirir una enorme fortuna y elevarse hasta las más altas esferas sociales en la localidad de Cerro Pasco, ejercía gran influencia entre la numerosa población, integrada principalmente de indígenas. Animado por una pasión que podría llamarse vértigo de odio en contra de Chile, la ponía al servicio de las autoridades peruanas en toda la relación con acciones bailables. Había contribuido con grandes sumas de dinero para la formación del cuerpo, organizado por él y del cual fué su padrino, llamado "Columna de Pasco", que se batió hasta extinguirse en las jornadas de Dolores y Tarapacá.

Durante las primeras expediciones a Junín, fué Chlessa o Iglesias el brazo fuerte de la resistencia de Cerro Pasco. Llamó a las armas a las masas de indígenas y fué culpable de haber hecho colocar minas en los caminos por donde las fuerzas chilenas habían de pasar, siendo ésta una de las causas del escaso o ningún éxito que tuvieron las dos primeras expediciones.

Hecho prisionero por el comandante Letelier, fué juzgado y sentenciado por un tribunal militar. La noticia de habérselo condenado a muerte se difundió en forma rápida entre la población, causando estupor y pánico entre las masas populares, momentos antes dispuestas al alzamiento. Chlessa confesó sus actos hostiles en contra de Chile, y pidió le perdonaran la vida, ofreciendo pagar la suma de 50.000 soles, suma esta que nunca fué pagada, no siendo tampoco cumplida la pena de muerte, por disposición superior, por tratarse de un extranjero a quien debía considerarse como neutral, aunque en el hecho nunca lo fuera.

No es tampoco efectivo que mi padre haya intervenido, en forma alguna, en negocios de venta de barras de plata a ningún ciudadano italiano de Cerro Pasco. No existe en el proceso una sola prueba al respecto.

Tampoco resultó efectivo que hubiera desobedecido la orden superior de regresar a Lima, aunque así, se creyó en un principio. Lo ocurrido fué que, en su afán de cumplir integralmente la misión encomendada, el comandante Letelier se hallaba, al dictarse esa orden, muy al interior del Perú, cerca de los valles del Amazonas, siendo muy difíciles y retardadas las comunicaciones con Lima, capital de donde se impartió dicha orden y adonde regresó, por su propia voluntad, en cumplimiento de ella.

En cuanto a la imposición de cupos de guerra y a las gratificaciones otorgadas al personal de oficiales y tropa, olvida el señor Encina que el general don Pedro Lagos, que designó a mi padre para la Jefatura de la Tercera Expedición al departamento de Junín, le otorgó las más amplias facultades para actuar en la forma que las difíciles circunstancias lo exigían. Se trataba de una tercera expedición en terreno enemigo, con un clima altamente insano y destinada a pacificar una zona donde se sabía que se estaba gestando un movimiento conducente a la recuperación de Lima y por ende a la prolongación del conflicto.

Es cierto que mi padre impuso cupos o contribuciones de guerra al enemigo, pero para ello estaba autorizado. Es cierto que gratificó y pagó bien al personal a su cargo, pero estaba para ello igualmente autorizado por el general Lagos, que lo designó. Las medidas tomadas fueron medidas de guerra, impuestas por las circunstancias, pero jamás en beneficio personal del jefe de la expedición, como lo acreditan el proceso mismo, su brillante hoja de servicios, su condición de caballero sin tacha y la circunstancia de haber vivido pobremente y de no haber dejado bienes materiales de fortuna a sus hijos.

Además, las expediciones anteriores habían fracasado o tenido escaso éxito, por causa de las enfermedades, por la deficiente alimentación y por la falta de medios en general, y a mayor abundamiento, en el caso presente, el Gobierno de Chile no estuvo en situación de sufragar los gastos de esa expedición, ni siquiera los sueldos de la tropa; todo lo cual justificaba también la inversión que hubo de darse a gran parte de las contribuciones obtenidas del enemigo.

Las rivalidades de los jefes, las diferencias políticas y los cambios ocurridos entre aquéllos en la dirección superior de la guerra, permitieron desconocer después las amplias facultades que había otorgado a mi padre el ilustre general don Pedro Lagos.

La Expedición Letelier tuvo, sin embargo, el más

Por
Ana María Letelier

completo éxito, ya que, no sólo desbarató toda posibilidad de recuperar Lima, por parte de las fuerzas peruanas, sino que, además, barrió, dispersó y aniquiló a las montoneras que el dictador Piérola había organizado, en cuya persecución él mismo se dio a ello, hasta las cercanías de los valles del Amazonas; todo ello, con sólo la pérdida de dos de sus mil seiscientos hombres.

El general don Pedro Lagos confió al comandante Letelier el mando de esta Tercera Expedición al interior del Perú, porque conocía la capacidad, energía, valor y condiciones de estrategia de este jefe, que había pasado triunfante la bandera de Chile por el territorio boliviano, con sólo trescientos hombres, impidiendo que una división de dos mil quinientos, comandada por el general Flores, se uniera al Ejército Aliado en las alturas del Campo de la Alianza. Lo eligió para este cargo porque su estrategia hizo menos difícil y menos sangrienta la victoria de Tacna y porque conocía la bizarría con que se había batido en la Campaña de Lima, participando activamente en Chorrillos y Miraflores.

Tal era su condición de estratega que fué el autor del plan de campaña puesto en ejecución para la toma de Lima; plan que, con una acción envolvente, evitó inútiles derramamientos de sangre para los atacantes y los defensores. Espero que algún día la historia lo reconocerá también este mérito.

La defensa de los comandantes Letelier, Romero y Lagos, en el proceso a que me he referido, estuvo a cargo de los distinguidos abogados señores Aníbal Zanartu, Ruperto Murillo, Miguel Cruchaga y Ricardo Letelier Silva, personalidades éstas que no se hacían cargo de ninguna causa que no fuera verdaderamente justa y moral.

Con el respeto que me merece el ilustre historiador señor Francisco Encina, me atrevo a sugerir

EL SUMIDERO DE LOS OJOS

Por BENEDICTO CHUAQUI

Mis dudas y mis incertidumbres han estado siempre prendadas de tus dudas y tus incertidumbres, amada mía.

Y mis ojos huyeron con los tuyos, hacia el albañal de los ojos que huyen de otros ojos.

Y los que moran ahora en los míos, corren precipitados en pos de tus ojos y mis ojos.

Aproxima tu ausencia, amada mía, y computemos las monedas de las sombras de nuestros suspiros, antes que nos sorprenda el celador de sombras de los suspiros azules.

Yo soy el proyectil fragoroso disparado por el finado anacora de las ausencias, y de la charca de ojos que huyen de otros ojos, el que se oculta detrás del muro donde se fraguan las dudas y las incertidumbres.

Peró ya no tardarán en subir las tupidas sombras hacia la ausencia de mi última sombra. Y tus ojos y mis ojos se reintegrarán dentro de los míos.

Y entonces, juntos, contemplaremos la caída fasciante del enlace definitivo de nuestras dudas y nuestras incertidumbres. Y nuestras sombras y nuestras ausencias serán una sola ausencia y una misma sombra.

K O S T I A

(De la

abuelita, arrojándose a su encuentro—. ¿Dónde has estado metido?

—Hace ya una hora que estuve junto a nuestra misma puerta; pero tuve que volverme. Una historia interesantísima...

—¿Qué ha pasado?

—Vea usted. Acababa de llegar frente a nuestra puerta, miré y... dos sujetos estaban haciendo no sé qué con la cerradura; y uno decía: "La cera está muy dura, no sale el molde", y el otro, que era más bajito, le respondió: "[Aprieta, aprieta, que ya saldrá]".

—¡Kostia! —gritaba la abuelita—. ¡No mientas! ¡Otra vez, hombre, otra vez!

—Esta bien, si cree que son mentiras... —dijo sonriéndose sarcásticamente—; pero deje que penetren en la casa y que nos quiten todo y que nos degluten... ¡y entonces verá si son mentiras o verdades!... ¡A mí qué? Mi obligación es decir lo que he visto.

Se desesperaba la abuelita.

—¡Kostia, estás mintiendo! Léelo en tus ojos que acabas de inventar esa historia...

—¿Inventar? —dijo Kostia lentamente, dando a sus palabras un tono sibilino, que hacía crispas los nervios—. ¡Y si le enséño a usted el pedazo de cera, me dirá también qué es cosa que he inventado?

—¿Y cómo lo tienes en tu poder?

—Pues muy sencillo; ellos subieron a un cochito; yo me monté a la trasera, y cuando llegamos a los arrabales, pasé corriendo junto al hombre más bajito, le di un empujón y le saqué el molde del bolsillo. ¡Aquí está!

Sacó por segunda vez aquel mismo sibilino que había mostrado en el jardín y lo enseñó desde lejos a la cegata abuelita.

La duda desgarraba el corazón de ésta: "Claro está que miente; pero... ¡y si por casualidad es cierto lo que dice? Suelen darse casos en que se sacan moldes de las cerraduras, penetran en las casas y deglutan a una familia... Precisamente ayer le en un periódico un caso semejante... ¡habrá que decir a Uliacha que corra el cerrojo de la puerta!"...

no dan indicios de querer vivir, a la humana en la voluntad se opone una fuerza de resistencia que, al no saberse de dónde procede, llamamos la libertad de la criatura, del personaje. Puede, a la inversa, el autor negarle la vida a aquél, dejarlo en la nada, en el mundo de lo increíble, pero en la anulación lleva su propia condena, ya que deja de ser, en este caso, el hacedor. Incluso puede escribir esa obra, como artesano hábil que construye con elementos dados, un objeto que se ajusta a un molde preconcebido, pero la vida, la verdad temblorosa que anima y presta su luz convincente a los actos, está exenta de pasión, es fría y sin relieve como las figuras de un tapiz.

El creador permanece como una necesidad del personaje, sin el no es concebible su existencia. A diferencia de Dios, el creador humano la verdadera vida de sus, antes de flección. Como en un sueño, puede entrever escenas, mas, la real existencia de la criatura opera a espaldas suyas: "la última palabra está escrita antes de aparecer trazada la primera sobre el papel". Por eso el nacimiento del ser imaginario al plano de la escritura es una muerte, una cristalización en una forma definitiva, o como Pirandello dijo, el personaje creado por la fantasía del artista tiene su vida fijada con trazos inmutables. Su verdadero vivir, esa duda oscilante entre una forma u otra que puede escoger, las relaciones de su libertad con la libertad ajena, las ha realizado en el oscuro escenario del inconsciente del artista, en ese mundo que Calderón también tenía oculto:

primariamente, porque es do más contento y más gusto no ver el tablado antes que esté el personaje a punto, lo tendrá de un negro velo todo cubierto y oculto, que sea un caos donde están los materiales confusos.

Si no hubiera sido más provechoso para las nuevas generaciones de nuestra Patria hacer resaltar hechos como los expuestos, que representaron episodios más interesantes de la Expedición Letelier, en lugar de hacer mención de supuestas faltas, de las cuales este acto fue reivindicado como luego se verá.

En efecto, ya en el año 1900, es decir, antes de haber transcurrido veinte años del comienzo de la mencionada expedición, aquietadas las pasiones políticas y las rivalidades militares, que fueron la única razón de existencia del proceso referido, en el cual se dispuso que mi padre debía devolver los valores que había repartido como remuneraciones entre sus oficiales y tropa, el Honorable Congreso Nacional, mediante la Ley N.º 1.367, otorgó la devolución de las dos terceras partes de la pensión de retiro, que se habían retenido durante varios años al Comandante Letelier; retención que se hizo porque éste carecía de otros bienes de fortuna, aparte de dicha pensión. Considero presumiblemente el Honorable Congreso que el tribunal que había ordenado la retención de tal dinero, pudo estar influido por las pasiones inherentes a una situación de guerra.

No menciona el señor Encina en su Historia la existencia de esta ley de la República.

Si solo a veinte años de distancia, la Suprema Autoridad Legislativa hizo justicia y restableció la verdad, hoy día, transcurridos setenta años, la única y posible falta del comandante Letelier, consistente en haber alimentado, vestido y pagado bien a su tropa, se transforma, para las mentes serenas, en motivos de alabanzas y de méritos, ya que, para el éxito de esa expedición, en tierras, climas y medios inhospitalarios, era beneficiosa y aun necesaria tal medida. Menos aún puedo existir falta si esos gastos se efectuaron a costa del enemigo y si con ello se evitó la continuación o prolongación de la guerra.

Mayores antecedentes que los expresados existen en el proceso. Agudo a los tres jefes referidos y en los diarios de la época, especialmente en El Zorro, de Santiago y en EL MERCURIO, de Valparaíso. Quien se imponga de ellos y actúe con serenidad y justicia, no podrá sino concluir que los antes indicados jefes cumplieron dignamente sus deberes y sirvieron en forma enaltecedora a la Patria y al glorioso Ejército de Chile.

—¡Llama a Uliacha!

Kostia obedeció y se fué corriendo a la antesala, en donde gritó atemorizado a Uliacha, que hablaba con alguien por teléfono:

—¡Uliacha! ¡Otra vez se lo ha olvidado cerrar el grifo de la cocina! ¡Y está toda llena de agua, y las cosas se están ya saliendo por la ventana!

Uliacha abandonó con rapidez el auricular, que chocó estrepitosamente contra la pared, corrió apresuradamente a la cocina, trapeando y derribando los muebles que encontraba a su paso...

Al cabo de un minuto se desarrolla una escena horrible.

—¡Kostia! ¡Otra vez ha mentido usted! Ya no puedo aguantar más, no quiero seguir viviendo en esta casa... me voy...

—Me había parecido que corría el agua —decía Kostia, justificándose tímidamente, mientras miraba con ojos suplicantes a la enfurecida muchacha—. Había oído el agua...

Sólo Dios sabe lo que ora este dulce e inofensivo niño; tal vez lo pareció una realidad el que dos señores que estaban fumando pacíficamente en la acera de su casa intentasen efectivamente sacar el molde de cera de la cerradura.

Por la noche estaban Kostia en el despacho de su padre junto a la mesa de escribir, y con los ojos muy abiertos miraba las manos de su progenitor, que movían y removían rápidamente unos papeles.

—¿Dónde has estado hoy, Kostia?

—En el parque.

—¿Y qué cosas buenas has visto allí?

—He visto a la madre de Lidochka Prigutina.

—¿Qué dices, hombre? La madre de Lidochka ha muerto...

—Pues eso, precisamente, es lo asombroso; estaba sentado en un banco, y de pronto, por debajo de las matas, comenzó a surgir y acercarse algo así como una espesa nube gris... más oscura, más cerca, Miro y... ¡la mamá de Lidochka! Estaba tan triste... Se acercó a mí rápidamente, me puso la mano sobre la cabeza, me anochó con un dedo... y se marchó sin haber dicho una palabra...